

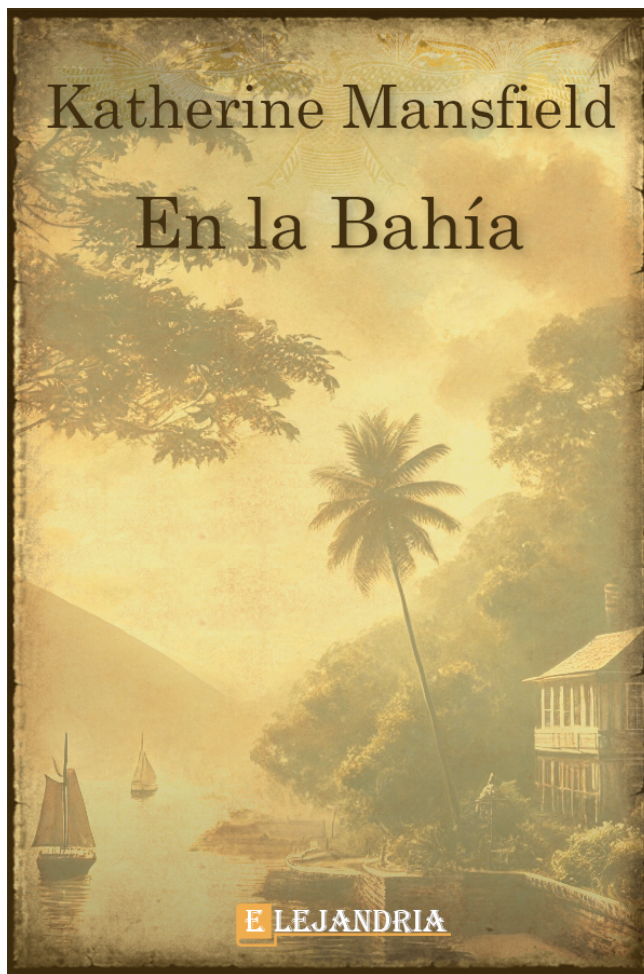
Katherine Mansfield

En la Bahía



E LEJANDRIA

Katherine Mansfield
En la Bahía



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EN LA BAHÍA

KATHERINE MANSFIELD

PUBLICADO: 1922

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

**EDICIÓN: CONSTABLE AND COMPANY LIMITED, LONDON,
1922**

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EN LA BAHÍA

KATHERINE MANSFIELD

I

Muy temprano en la mañana. El sol aún no había salido, y toda la bahía de Crescent estaba oculta bajo una niebla marina blanca. Las grandes colinas cubiertas de arbustos al fondo estaban asfixiadas. No se podía ver dónde terminaban y comenzaban los pastizales y bungalós. El camino arenoso había desaparecido y los pastizales y bungalós estaban al otro lado; no había dunas blancas cubiertas de hierba rojiza más allá; no había nada que marcara dónde estaba la playa y dónde el mar. Había caído un rocío pesado. La hierba era azul. Grandes gotas colgaban de los arbustos y simplemente no caían; el toyo-toyo plateado y esponjoso estaba flácido en sus largos tallos, y todas las caléndulas y los claveles en los jardines de los bungalós estaban inclinados hacia la tierra por la humedad. Las frías fucsias estaban empapadas, y perlas redondas de rocío yacían sobre las hojas planas de los capuchinas. Parecía como si el mar hubiera

golpeado suavemente en la oscuridad, como si una ola inmensa hubiera venido ondulando, ondulando—¿hasta dónde? Quizás si te hubieras despertado en medio de la noche podrías haber visto un gran pez entrando por la ventana y yéndose de nuevo...

¡Ah-Aah! sonó el mar soñoliento. Y desde el arbusto llegaba el sonido de pequeños arroyos fluyendo, rápidamente, ligeramente, deslizándose entre las piedras lisas, vertiéndose en cuencas de helechos y saliendo de nuevo; y había el chapoteo de grandes gotas sobre grandes hojas, y algo más—¿qué era?—una leve agitación y sacudida, el crujir de una ramita y luego un silencio tal que parecía que alguien estaba escuchando.

Al doblar la esquina de la bahía de Crescent, entre las masas acumuladas de rocas rotas, llegó una bandada de ovejas patinando. Estaban amontonadas juntas, una pequeña masa peluda y en movimiento, y sus delgadas patas, parecidas a palos, trotaban rápidamente como si el frío y la quietud las hubieran asustado. Detrás de ellas, un viejo perro pastor, con las patas empapadas cubiertas de arena, corría con la nariz en el suelo, pero descuidadamente, como si pensara en otra cosa. Y entonces, en la puerta rocosa, apareció el propio pastor. Era un hombre viejo, delgado y erguido, con un abrigo de fieltro cubierto de una red de pequeñas gotas, pantalones de terciopelo atados por debajo de la rodilla y una bufanda azul doblada alrededor del borde. Una mano estaba metida en su cinturón, la otra sostenía un palo amarillo bellamente liso. Y mientras caminaba, tomándose su tiempo, mantenía un silbido muy suave y ligero, una flauta aérea y lejana que sonaba melancólica y tierna. El viejo perro hacía uno o dos saltos antiguos y luego se detenía bruscamente, avergonzado de su ligereza, y caminaba unos pasos dignos al lado de su amo. Las ovejas corrían hacia adelante en pequeñas ráfagas patinando; comenzaron a balar, y bandadas y rebaños fantasmales las respondían desde debajo del mar. "¡Baa! ¡Baaa!" Por un tiempo parecían estar siempre en el mismo trozo de tierra. Más adelante se extendía el camino arenoso con charcos poco profundos; los mismos arbustos empapados se mostraban a ambos lados y los mismos

cercados sombríos. Entonces algo inmenso apareció a la vista; un gigante de pelo chocado enorme con los brazos extendidos. Era el gran eucalipto fuera de la tienda de la señora Stubbs, y al pasar, había un fuerte aroma de eucalipto. Y ahora grandes manchas de luz brillaban en la niebla. El pastor dejó de silbar; frotó su nariz roja y su barba mojada en su manga húmeda y, entrecerrando los ojos, miró en dirección al mar. El sol estaba saliendo. Era maravilloso lo rápido que la niebla se afinaba, se alejaba, se disolvía de la llanura poco profunda, se enrollaba desde el arbusto y desaparecía como si tuviera prisa por escapar; grandes giros y rizados se empujaban y chocaban entre sí mientras los rayos plateados se ensanchaban. El cielo lejano—un azul brillante y puro—se reflejaba en los charcos, y las gotas, nadando a lo largo de los postes telegráficos, brillaban como puntos de luz. Ahora el mar salpicante y brillante era tan luminoso que te dolían los ojos al mirarlo. El pastor sacó una pipa, con la cazoleta tan pequeña como una bellota, de su bolsillo del pecho, buscó un trozo de tabaco moteado, cortó unas virutas y llenó la cazoleta. Era un hombre viejo de aspecto serio y fino. Al encenderse y el humo azul enroscándose en su cabeza, el perro, observando, parecía orgulloso de él.

"¡Baa! ¡Baaa!" Las ovejas se dispersaron en abanico. Estaban justo fuera de la colonia de verano antes de que el primer durmiente se diera la vuelta y levantara una cabeza somnolienta; su llanto sonaba en los sueños de los niños pequeños... quienes levantaban sus brazos para arrastrar hacia abajo, para acurrucarse con los adorables corderitos lanudos del sueño. Entonces apareció el primer habitante; era la gata Florrie de los Burnell, sentada en el poste de la puerta, demasiado temprano como de costumbre, buscando a su chica de la leche. Cuando vio al viejo perro pastor, se puso de repente rápidamente, arqueó su espalda, metió su cabeza atigrada y pareció dar un pequeño escalofrío exigente. "¡Ugh! ¡Qué criatura tosca y repugnante!" dijo Florrie. Pero el viejo perro pastor, sin mirar hacia arriba, se sacudió pasando, moviendo sus patas de un lado a otro. Solo uno de sus orejas se movió para demostrar que había visto, y la consideró una joven tonta.

La brisa de la mañana se levantó en el arbusto y el olor a hojas y tierra negra y húmeda se mezcló con el olor agudo del mar. Millones de pájaros cantaban. Un jilguero voló sobre la cabeza del pastor y, posándose en la punta de un brote, se giró hacia el sol, agitándose las pequeñas plumas del pecho. Y ahora habían pasado la cabaña del pescador, habían pasado la pequeña cabaña de aspecto carbonizado donde Leila, la chica de la leche, vivía con su vieja abuela. Las ovejas se desviaron sobre un pantano amarillo y Wag, el perro pastor, pisoteó detrás, las reunió y las dirigió hacia el paso rocoso más empinado y estrecho que salía de la bahía de Crescent y hacia la Cala de la Luz del Día. "¡Baa! ¡Baaa!" El llanto débil llegó mientras avanzaban por el camino que se secaba rápidamente. El pastor guardó su pipa, dejándola caer en su bolsillo del pecho de manera que la pequeña cazoleta colgaba hacia afuera. Y de inmediato el suave silbido aéreo comenzó de nuevo. Wag corrió por un saliente de roca tras algo que olía, y regresó disgustado. Luego empujando, empujando, apurándose, las ovejas doblaron la curva y el pastor las siguió fuera de la vista.

II

Unos momentos más tarde se abrió la puerta trasera de uno de los bungalós, y una figura con un traje de baño de rayas anchas salió corriendo del pastizal, cruzó la valla, se apresuró a través de la hierba de tosón hacia el hueco, tropezó por la colina arenosa y corrió por su vida sobre las grandes piedras porosas, sobre los guijarros fríos y húmedos, hacia la arena dura que brillaba como aceite. ¡Splish-Splash! ¡Splish-Splash! El agua burbujeaba alrededor de sus piernas mientras Stanley Burnell avanzaba chapoteando exultante.

¡El primer hombre como de costumbre! Los había vencido a todos de nuevo. Y se lanzó a mojar su cabeza y cuello.

"¡Salve, hermano! Salve. ¡Tú, el Poderoso!" Una voz grave y aterciopelada retumbó sobre el agua.

¡Por Dios! ¡Maldito sea! Stanley levantó la vista para ver una cabeza oscura balanceándose lejos y un brazo levantado. Era Jonathan Trout—¡allí delante! "¡Gloriosa mañana!" cantó la voz.

"¡Sí, muy bonito!" dijo Stanley brevemente. ¿Por qué demonios no se mantiene en su parte del mar? ¿Por qué debería venir hasta este punto exacto? Stanley dio una patada, un embiste y salió nadando, remando sobre su brazo. Pero Jonathan era igual para él. Subió, su cabello negro liso sobre la frente, su barba corta y lisa.

"¡Tuve un sueño extraordinario anoche!" gritó.

¿Qué le pasaba al hombre? Esta manía por la conversación irritaba a Stanley más allá de las palabras. Y siempre era lo mismo—siempre alguna tontería sobre un sueño que había tenido, o alguna idea rara que había capturado, o alguna basura que había estado leyendo. Stanley se dio vuelta de espaldas y pateó con las piernas hasta convertirse en un chorro de agua viviente. Pero incluso entonces... "Soñé que colgaba sobre un precipicio terriblemente alto, gritando a alguien abajo." ¡Claro que sí! pensó Stanley. No podía soportarlo más. Dejó de chapotear. "Mira, Trout," dijo, "tengo un poco de prisa esta mañana."

"¿Qué dijiste?" Jonathan estaba tan sorprendido—o lo fingía—que se hundió bajo el agua, luego reapareció de nuevo soplando.

"Todo lo que quiero decir es," dijo Stanley, "no tengo tiempo para —para—para perder el tiempo. Quiero terminar esto. Tengo trabajo que hacer esta mañana—¿ves?"

Jonathan se había ido antes de que Stanley terminara. "¡Pasa, amigo!" dijo la voz grave suavemente, y se deslizó a través del agua con apenas una ondulación... Pero maldición al tipo! Había arruinado el baño de Stanley. ¡Qué idiota tan impráctico era el hombre! Stanley

salió a mar abierta de nuevo, y luego nadó rápidamente de regreso, y corrió hacia la playa. Se sentía engañado.

Jonathan se quedó un poco más en el agua. Flotaba, moviendo suavemente sus manos como aletas, dejando que el mar mecía su largo y delgado cuerpo. Era curioso, pero a pesar de todo le tenía cariño a Stanley Burnell. Ciertamente, tenía un deseo diabólico de burlarse de él a veces, de hacerse el chistoso, pero en el fondo lamentaba al tipo. Había algo patético en su determinación para hacer de todo un trabajo. No podías evitar sentir que algún día se le iría todo, y ¡qué gran fracaso tendría! En ese momento, una ola inmensa levantó a Jonathan, pasó junto a él y rompió en la playa con un sonido alegre. ¡Qué belleza! Y ahora venía otra. Esa era la manera de vivir—despreocupadamente, imprudentemente, gastándose a sí mismo. Se puso de pie y comenzó a vadear hacia la orilla, presionando sus dedos en la arena firme y arrugada. Tomar las cosas con calma, no luchar contra el flujo y reflujo de la vida, sino ceder a ella—eso era lo que se necesitaba. Era esta tensión lo que estaba todo mal. ¡Vivir—vivir! Y la mañana perfecta, tan fresca y hermosa, bañándose en la luz, como si se riera de su propia belleza, parecía susurrar, "¿Por qué no?"

Pero ahora estaba fuera del agua, Jonathan se puso azul de frío. Le dolía todo; era como si alguien le estuviera exprimiendo la sangre. Y caminando por la playa, temblando, con todos sus músculos tensos, también sintió que su baño estaba arruinado. Se había quedado demasiado tiempo.

III

Beryl estaba sola en la sala de estar cuando Stanley apareció, vistiendo un traje de sarga azul, un cuello rígido y una corbata estampada. Parecía casi inquietantemente limpio y aseado; iba a la ciudad por el día. Al sentarse en su silla, sacó su reloj y lo puso junto a su plato.

"Solo tengo veinticinco minutos," dijo. "¿Podrías ir a ver si la papilla está lista, Beryl?"

"La madre acaba de ir a buscarla," dijo Beryl. Se sentó en la mesa y sirvió su té.

"¡Gracias!" Stanley tomó un sorbo. "¡Hola!" dijo con voz asombrada, "te has olvidado el azúcar."

"¡Oh, lo siento!" Pero incluso entonces Beryl no lo ayudó; empujó el cuenco hacia él. ¿Qué significaba esto? Mientras Stanley se servía, sus ojos azules se agrandaron; parecían temblar. Echó una rápida mirada a su cuñada y se recostó.

"¿No pasa nada, verdad?" preguntó descuidadamente, jugueteando con su cuello.

La cabeza de Beryl estaba inclinada; giró su plato entre sus dedos.

"Niña," dijo su voz ligera. Luego ella también miró hacia arriba y sonrió a Stanley. "¿Por qué debería haber?"

"¡O-oh! No hay razón alguna hasta donde yo sé. Pensé que parecías un poco——"

En ese momento la puerta se abrió y aparecieron las tres niñas pequeñas, cada una llevando un plato de papilla. Estaban vestidas iguales con camisetas y pantalones cortos azules; sus piernas marrones estaban desnudas, y cada una tenía el cabello trenzado y

recogido en lo que se llamaba una cola de caballo. Detrás de ellas vino la señora Fairfield con la bandeja.

"Con cuidado, niños," advirtió. Pero estaban tomando el mayor cuidado. Les encantaba que les permitieran llevar cosas. "¿Le has dicho buenos días a tu padre?"

"Sí, abuela." Se acomodaron en el banco frente a Stanley y Beryl.

"¡Buenos días, Stanley!" La vieja señora Fairfield le entregó su plato.

"¡Buenos días, madre! ¿Cómo está el niño?"

"¡Espléndido! Solo se despertó una vez anoche. ¡Qué mañana tan perfecta!" La anciana hizo una pausa, con la mano sobre la barra de pan, para mirar por la puerta abierta hacia el jardín. El mar sonaba. A través de la ventana bien abierta entraba el sol sobre las paredes amarillentas barnizadas y el suelo desnudo. Todo en la mesa brillaba y centelleaba. En el medio había un viejo tazón de ensalada lleno de capuchinas amarillas y rojas. Ella sonrió, y una mirada de profunda satisfacción brilló en sus ojos.

"Podrías cortarme una rebanada de ese pan, madre," dijo Stanley. "Solo tengo doce minutos y medio antes de que pase el autobús. ¿Alguien le ha dado mis zapatos a la chica de servicio?"

"Sí, están listos para ti." La señora Fairfield estaba completamente impasible.

"¡Oh, Kezia! ¡Por qué eres una niña tan desordenada!" exclamó Beryl desesperadamente.

"¿Yo, tía Beryl?" Kezia la miró fijamente. ¿Qué había hecho ahora? Solo había cavado un río en el medio de su papilla, lo llenó y estaba comiendo los bordes. Pero lo hacía cada mañana, y nadie había dicho una palabra hasta ahora.

"¿Por qué no puedes comer tu comida correctamente como Isabel y Lottie?" ¡Qué injustos son los adultos!

"Pero Lottie siempre hace una isla flotante, ¿no, Lottie?"

"No, no lo hago," dijo Isabel con inteligencia. "Solo espolvoreo la mía con azúcar y pongo la leche y la termino. Solo los bebés juegan con su comida."

Stanley empujó su silla hacia atrás y se levantó.

"¿Podrías traerme esos zapatos, madre? Y, Beryl, si has terminado, desearía que bajaras a la puerta y detuvieras el autobús. Corre hacia tu madre, Isabel, y pregúntale dónde han puesto mi sombrero de copa. Espera un minuto—¿han estado jugando las niñas con mi bastón?"

"¡No, padre!"

"Pero lo puse aquí," comenzó a alardear Stanley. "Recuerdo claramente haberlo puesto en esta esquina. Ahora, ¿quién lo ha tenido? No hay tiempo que perder. ¡Mira rápido! El bastón tiene que ser encontrado."

Incluso Alice, la chica de servicio, se involucró en la búsqueda. "¿No lo has estado usando para pinchar el fuego de la cocina por casualidad?"

Stanley corrió hacia el dormitorio donde Linda estaba acostada. "Cosa más extraordinaria. No puedo mantener ni una sola posesión para mí mismo. ¡Ya se han llevado mi bastón, ahora!"

"Bastón, querida? ¿Qué bastón?" La vaguedad de Linda en estas ocasiones no podía ser real, decidió Stanley. ¿Nadie se solidarizaría con él?

"¡Autobús! ¡Autobús, Stanley!" La voz de Beryl gritó desde la puerta.

Stanley agitó su brazo hacia Linda. "¡No hay tiempo para despedirse!" exclamó. Y lo decía como un castigo para ella.

Agarró su sombrero de copa, salió corriendo de la casa y bajó por el camino del jardín. Sí, el autobús estaba esperando, y Beryl, inclinada sobre la puerta abierta, estaba riéndose de alguien o de otra cosa como si nada hubiera pasado. ¡La falta de corazón de las

mujeres! La manera en que daban por sentado que era tu trabajo esclavizarte para ellas mientras ni siquiera se molestaban en ver que tu bastón no estaba perdido. Kelly paseaba su látigo sobre los caballos.

"¡Adiós, Stanley!" llamó Beryl, dulcemente y alegremente. ¡Era lo suficientemente fácil decir adiós! Y allí estaba ella, inactiva, cubriéndose los ojos con la mano. Lo peor era que Stanley tenía que gritar adiós también, por las apariencias. Luego la vio girar, dar un pequeño salto y correr de regreso a la casa. ¡Ella estaba contenta de librarse de él!

Sí, ella estaba agradecida. Corrió hacia la sala de estar y llamó, "¡Se ha ido!" Linda gritó desde su habitación: "¡Beryl! ¿Se ha ido Stanley?" Apareció la señora Fairfield, llevando al niño en su pequeño abrigo de franela.

"¿Se ha ido?"

"¡Se ha ido!"

Oh, el alivio, la diferencia que hacía tener al hombre fuera de la casa. Sus voces mismas cambiaron al llamarse entre sí; sonaban cálidas y amorosas y como si compartieran un secreto. Beryl fue a la mesa. "Toma otra taza de té, madre. Aún está caliente." Quería, de alguna manera, celebrar el hecho de que ahora podían hacer lo que les gustaba. No había un hombre que las molestara; todo el día perfecto era suyo.

"No, gracias, niña," dijo la vieja señora Fairfield, pero la manera en que en ese momento levantó al niño y le dijo "¡a-goos-a-goos-a-ga!" significaba que ella sentía lo mismo. Las niñas pequeñas corrieron al pastizal como gallinas sueltas de un corral.

Incluso Alice, la chica de servicio, lavando los platos en la cocina, contagió la infección y usó el precioso agua del tanque de manera perfectamente imprudente.

"¡Oh, estos hombres!" dijo ella, y sumergió la tetera en el cuenco y la sostuvo bajo el agua incluso después de que dejó de burbujear,

como si él también fuera un hombre y ahogarse fuera demasiado bueno para ellos.

IV

“¡Espérame, Isa-bel! ¡Kezia, espérame!”

Había una pobre Lottie, dejada atrás de nuevo, porque le resultaba terriblemente difícil cruzar la valla por sí misma. Cuando se paraba en el primer escalón, sus rodillas comenzaban a tambalearse; agarraba el poste. Luego tenía que poner una pierna por encima. Pero ¿qué pierna? Nunca podía decidir. Y cuando finalmente ponía una pierna por encima con una especie de estampido de desesperación—entonces la sensación era horrible. Estaba medio en el pastizal aún y medio en la hierba de tosón. Agarraba el poste desesperadamente y levantaba la voz. “¡Espérame!”

“No, no esperes por ella, Kezia!” dijo Isabel. “Es una niña tan tonta. Siempre está haciendo un alboroto. ¡Vamos!” Y tiró de la camiseta de Kezia. “Puedes usar mi cubo si vienes conmigo,” dijo amablemente. “Es más grande que el tuyo.” Pero Kezia no podía dejar a Lottie sola. Corrió de regreso hacia ella. Para entonces Lottie tenía la cara muy roja y respiraba con dificultad.

“Aquí, pon tu otro pie por encima,” dijo Kezia.

“¿Dónde?”

Lottie miró hacia abajo a Kezia como si estuviera desde una altura montañosa.

“Aquí donde está mi mano.” Kezia palmeó el lugar.

“¿Oh, ahí es a lo que te refieres?” Lottie dio un suspiro profundo y puso el segundo pie por encima.

“Ahora—más o menos gira y siéntate y deslízate,” dijo Kezia.

“Pero no hay nada donde sentarse, Kezia,” dijo Lottie.

Finalmente lo logró, y una vez que terminó, se sacudió y comenzó a sonreír ampliamente.

“Estoy mejorando en cruzar vallas, ¿no, Kezia?”

La naturaleza de Lottie era muy esperanzadora.

El sombrero de sol rosa y azul siguió al sombrero de sol rojo brillante de Isabel arriba de esa colina resbaladiza y deslizante. En la cima se detuvieron para decidir a dónde ir y para echar un buen vistazo a quién ya estaba allí. Vistos desde atrás, de pie contra el horizonte, gesticulando ampliamente con sus palas, parecían pequeños exploradores confundidos.

Toda la familia de Samuel Josephs ya estaba allí con su criada, quien se sentaba en un taburete de campamento y mantenía el orden con un silbato que llevaba atado alrededor del cuello, y una pequeña caña con la que dirigía las operaciones. Los Samuel Josephs nunca jugaban solos ni manejaban su propio juego. Si lo hacían, terminaba con los niños vertiendo agua por el cuello de las niñas o las niñas tratando de poner pequeños cangrejos negros en los bolsillos de los niños. Así que la señora S. J. y la pobre criada elaboraban lo que ella llamaba un “programa” cada mañana para mantenerlos “aburridos y fuera de problemas.” Todo eran competencias o carreras o juegos de ronda. Todo comenzaba con un fuerte soplo del silbato de la criada y terminaba con otro. Incluso había premios—grandes paquetes de papel bastante sucios que la criada, con una pequeña sonrisa amarga, sacaba de un kit de cuerdas abultado. Los Samuel Josephs luchaban ferozmente por los premios y se engañaban y pellizcaban los brazos unos a otros—eran todos expertos en pellizcar. La única vez que los niños Burnell jugaban con ellos, Kezia había conseguido un premio, y cuando

deshacía tres pedazos de papel encontraba un pequeño gancho de botón oxidado. No podía entender por qué hacían tanto alboroto...

Pero nunca jugaban con los Samuel Josephs ahora ni siquiera asistían a sus fiestas. Los Samuel Josephs siempre daban fiestas infantiles en la Bahía y siempre había la misma comida. Un gran cuenco de lavado de manos de ensalada de frutas muy marrón, bollos cortados en cuatro y una jarra de lavado de manos llena de algo que la criada llamaba "Limmonadear." Y te marchabas por la tarde con la mitad de los volantes arrancados de tu vestido o algo derramado por delante de tu delantal de encaje abierto, dejando a los Samuel Josephs saltando como salvajes en su césped. ¡No! Eran demasiado horribles.

Al otro lado de la playa, cerca del agua, dos niños pequeños, con los pantalones cortos remangados, brillaban como arañas. Uno estaba cavando, el otro pataleaba dentro y fuera del agua, llenando un pequeño cubo. Eran los niños Trout, Pip y Rags. Pero Pip estaba tan ocupado cavando y Rags tan ocupado ayudando que no vieron a sus pequeños primos hasta que estuvieron bastante cerca.

"¡Mira!" dijo Pip. "Mira lo que he descubierto." Y les mostró una vieja bota mojada y aplastada. Las tres niñas pequeñas se quedaron mirando.

"¿Qué vas a hacer con ella?" preguntó Kezia.

"¡Guardarla, por supuesto!" Pip estaba muy desdeñoso. "Es un hallazgo—¿ves?"

Sí, Kezia lo vio. De todas maneras...

"Hay muchas cosas enterradas en la arena," explicó Pip. "Las arrojan desde naufragios. Tesoro. ¿Por qué—podrías encontrar—"

"Pero, ¿por qué Rags tiene que seguir echando agua?" preguntó Lottie.

"Oh, eso es para humedecerla," dijo Pip, "para hacer el trabajo un poco más fácil. Ánimo, Rags."

Y el buen pequeño Rags corría arriba y abajo, echando el agua que se volvía marrón como cacao.

"Aquí, ¿te mostraré lo que encontré ayer?" dijo Pip misteriosamente, y clavó su pala en la arena. "Prometen no decirlo."

Prometieron.

"Digan, cruzo mi corazón, completamente sincero."

Las niñas pequeñas lo dijeron.

Pip sacó algo de su bolsillo, lo frotó mucho en el frente de su camiseta, luego respiró sobre ello y lo frotó de nuevo.

"¡Ahora giren!" ordenó.

Giron.

"¡Todos miren en la misma dirección! ¡Manténganse quietos! ¡Ahora!"

Y su mano se abrió; levantó hacia la luz algo que brillaba, que guiñaba, que era de un verde encantador.

"Es una nymphaea," dijo Pip solemnemente.

"¿De verdad, Pip?" Incluso Isabel estaba impresionada.

La cosa verde y encantadora parecía bailar en los dedos de Pip. La tía Beryl tenía una nymphaea en un anillo, pero era muy pequeña. Esta era del tamaño de una estrella y mucho más hermosa.

V

A medida que la mañana se alargaba, aparecían grandes grupos sobre las colinas de arena y bajaban a la playa a bañarse. Se entendía que a las once en punto las mujeres y los niños de la colonia de verano tenían el mar para ellos solos. Primero las mujeres se desvistieron, se pusieron sus trajes de baño y se cubrieron la cabeza con sombreros horribles como bolsas de esponja; luego los niños se desabotonaron. La playa estaba llena de pequeños montones de ropa y zapatos; los grandes sombreros de verano, con piedras para evitar que se volaran, parecían conchas inmensas. Era extraño que incluso el mar pareciera sonar de manera diferente cuando todas esas figuras saltarinas y risueñas corrían hacia las olas. La vieja señora Fairfield, con un vestido de algodón lila y un sombrero negro atado bajo la barbilla, reunió a su pequeña prole y los preparó. Los pequeños niños Trout se metieron las camisas sobre sus cabezas y los cinco se lanzaron mientras su abuela se sentaba con una mano en su bolsa de punto lista para sacar el ovillo de lana cuando estaba segura de que estaban dentro de salvo.

Las niñas pequeñas firmes y compactas no eran nada tan valientes como los pequeños niños tiernos y delicados. Pip y Rags, temblando, agachándose, golpeando el agua, nunca dudaron. Pero Isabel, que podía nadar doce brazadas, y Kezia, que casi podía nadar ocho, solo seguían bajo el estricto entendimiento de que no debían salpicar. En cuanto a Lottie, ella no seguía en absoluto. Le gustaba que la dejaran ir a su manera, por favor. Y esa manera era sentarse al borde del agua, con las piernas rectas, las rodillas juntas, y hacer movimientos vagos con los brazos como si esperara ser arrastrada hacia el mar. Pero cuando una ola más grande de lo usual, una vieja con barba, vino deslizándose en su dirección, ella se puso de pie con una cara de horror y voló de nuevo por la playa.

"Aquí, madre, guarda estos para mí, ¿quieres?"

Dos anillos y una cadena de oro delgada fueron dejados caer en el regazo de la señora Fairfield.

"Sí, querida. ¿Pero no vas a bañarte aquí?"

"No-o," arrastró Beryl. Sonaba vaga. "Me estoy desvistiendo más adelante. Me voy a bañar con la señora Harry Kember."

"Muy bien." Pero los labios de la señora Fairfield se fruncieron. Ella desaprobaba a la señora Harry Kember. Beryl lo sabía.

Pobre vieja madre, sonrió, mientras pasaba por encima de las piedras. ¡Pobre vieja madre! ¡Vieja! Oh, qué alegría, qué dicha era ser joven...

"Pareces muy contenta," dijo la señora Harry Kember. Ella se sentaba encorvada sobre las piedras, con los brazos alrededor de sus rodillas, fumando.

"Es un día tan hermoso," dijo Beryl, sonriendo hacia abajo.

"¡Oh, querida!" La voz de la señora Harry Kember sonaba como si supiera mejor que eso. Pero luego su voz siempre sonaba como si supiera algo más sobre ti de lo que tú mismo sabías. Era una mujer larga y de aspecto extraño con manos y pies estrechos. Su rostro también era largo y estrecho y de aspecto agotado; incluso su flequillo rizado y claro parecía quemado y marchito. Era la única mujer en la Bahía que fumaba, y fumaba sin cesar, manteniendo el cigarrillo entre sus labios mientras hablaba, y solo lo sacaba cuando la ceniza era tan larga que no podías entender por qué no caía. Cuando no jugaba bridge—jugaba bridge todos los días de su vida—pasaba su tiempo tumbada bajo el pleno resplandor del sol. Podía soportar cualquier cantidad de él; nunca tenía suficiente. Aun así, no parecía calentarla. Rallada, marchita, fría, yacía estirada sobre las piedras como un trozo de madera flotante. Las mujeres en la Bahía pensaban que ella era muy, muy rápida. Su falta de vanidad, su argot, la manera en que trataba a los hombres como si ella fuera una de ellos, y el hecho de que no le importaba un centavo su casa

y llamaba a la sirvienta Gladys "Glad-eyes," era vergonzoso. De pie en los escalones de la veranda, la señora Kember llamaba con su voz indiferente y cansada, "Yo digo. Glad-eyes, ¿podrías traerme un pañuelo si tengo uno, ¿quieres?" Y Glad-eyes, con un lazo rojo en el cabello en lugar de un sombrero, y zapatos blancos, venía corriendo con una sonrisa insolente. ¡Era un escándalo absoluto! Ciertamente, no tenía hijos, y su esposo... Aquí las voces siempre se alzaban; se volvieron fervientes. ¿Cómo pudo haberse casado con ella? ¿Cómo él, cómo él? ¡Debió haber sido por dinero, por supuesto, pero aun así!

El esposo de la señora Kember tenía al menos diez años menos que ella, y tan increíblemente apuesto que parecía una máscara o una ilustración perfecta en una novela americana más que un hombre. Cabello negro, ojos azul oscuro, labios rojos, una sonrisa lenta y soñolienta, un buen jugador de tenis, un bailarín perfecto, y con todo ello un misterio. Harry Kember era como un hombre caminando en su sueño. Los hombres no podían soportarlo, no podían sacar una palabra del tipo; ignoraba a su esposa igual que ella lo ignoraba a él. ¿Cómo vivía? Por supuesto, había historias, ¡pero historias así! Simplemente no podían ser contadas. Las mujeres con las que lo habían visto, los lugares en los que lo habían visto... pero nada nunca era seguro, nada definitivo. Algunas de las mujeres en la Bahía pensaban en privado que algún día cometería un asesinato. Sí, incluso mientras hablaban con la señora Kember y absorbían la horrible mezcla que ella llevaba puesta, la veían, estirada mientras yacía en la playa; pero fría, sangrienta, y aún con un cigarrillo clavado en la esquina de su boca.

La señora Kember se levantó, bostezó, desabrochó el broche de su cinturón y tiró de la cinta de su blusa. Y Beryl salió de su falda y se quitó la camiseta, y se puso de pie en su corto peticón blanco, y su camisola con lazos de cinta en los hombros.

"¡Misericordia con nosotros," dijo la señora Harry Kember, "qué pequeña belleza eres!"

“¡No!” dijo Beryl suavemente; pero, quitándose una medias y luego la otra, sintió una pequeña belleza.

“Mi querida—¿por qué no?” dijo la señora Harry Kember, pisando su propio peticón. Realmente—¡su ropa interior! Un par de pantalones cortos de algodón azul y un corpiño de lino que de alguna manera recordaba una funda de almohada... “¿Y no usas corsé, verdad?” Tocó la cintura de Beryl, y Beryl se apartó con un pequeño grito afectado. Luego “¡Nunca!” dijo firmemente.

“Pequeña criatura afortunada,” suspiró la señora Kember, desabrochando la suya.

Beryl dio la espalda y comenzó los movimientos complicados de alguien que está tratando de quitarse la ropa y ponerse su traje de baño al mismo tiempo.

“¡Oh, querida—no me prestes atención,” dijo la señora Harry Kember. “¿Por qué ser tímida? No te voy a comer. No me voy a asustar como esas otras tontas.” Y dio una extraña risa relinchante y hizo una mueca ante las otras mujeres.

Pero Beryl era tímida. Nunca se desvistió frente a nadie. ¿Era eso tonto? La señora Harry Kember la hacía sentir que era tonta, incluso algo de lo que avergonzarse. ¡Por qué ser tímida de verdad! Echó una mirada rápida a su amiga que se paraba tan audazmente en su chemise rota y encendía un cigarrillo nuevo; y un sentimiento rápido, audaz y maligno comenzó en su pecho. Riéndose imprudentemente, se puso el traje de baño flácido y arenoso que no estaba completamente seco y abrochó los botones torcidos.

“Eso está mejor,” dijo la señora Harry Kember. Comenzaron a bajar juntas por la playa. “Realmente, es un pecado que uses ropa, querida. Alguien tiene que decirte algún día.”

El agua estaba bastante caliente. Era ese maravilloso azul transparente, salpicado de plata, pero la arena en el fondo parecía dorada; cuando pateabas con los dedos, surgía una pequeña nube de polvo dorado. Ahora las olas apenas llegaban a su pecho. Beryl estaba de pie, con los brazos extendidos, mirando hacia afuera, y

cuando cada ola venía, daba un pequeño salto, de modo que parecía que era la ola la que la levantaba tan suavemente.

“Creo que las chicas bonitas se divierten bien,” dijo la señora Harry Kember. “¿Por qué no? No cometas un error, querida. Disfruta.” Y de repente se dio la vuelta, desapareció, y nadó rápidamente, rápidamente, como una rata. Luego se dio la vuelta y comenzó a nadar de regreso. Iba a decir algo más. Beryl sintió que esta mujer fría la estaba envenenando, pero anhelaba escuchar. Pero oh, ¡qué extraño, qué horrible! Cuando la señora Harry Kember se acercaba, miró, con su gorro de baño impermeable negro, con su rostro soñoliento levantado sobre el agua, solo su barbilla tocando, como una caricatura horrible de su esposo.

VI

En una silla de vapor, bajo un árbol de manuka que crecía en medio del parche de césped delantero, Linda Burnell soñaba la mañana. No hacía nada. Miraba hacia arriba las hojas oscuras, cercanas y secas de la manuka, hacia las hendiduras de azul entre ellas, y de vez en cuando una pequeña flor amarillenta caía sobre ella. Bonita—sí, si sostenías una de esas flores en la palma de tu mano y la mirabas de cerca, era una cosa exquisita y pequeña. Cada pétalo amarillo pálido brillaba como si cada uno fuera el trabajo cuidadoso de una mano amorosa. La pequeña lengua en el centro le daba la forma de una campana. Y cuando la girabas, la parte exterior era de un color bronce profundo. Pero tan pronto como florecían, caían y se dispersaban. Las quitabas de tu vestido mientras hablabas; las horribles pequeñas cosas se enredaban en tu cabello. ¿Por qué,

entonces, florear en absoluto? ¿Quién se toma la molestia—o la alegría—de hacer todas estas cosas que se desperdician, desperdiciadas... Es inquietante.

En el césped a su lado, acostado entre dos almohadas, estaba el niño. Dormía profundamente, con la cabeza girada lejos de su madre. Su fino cabello oscuro parecía más una sombra que cabello real, pero su oreja era de un coral profundo y brillante. Linda juntó sus manos sobre su cabeza y cruzó sus pies. Era muy agradable saber que todos estos bungalós estaban vacíos, que todos estaban en la playa, fuera de vista, fuera de oído. Tenía el jardín para ella sola; estaba sola.

Blancas deslumbrantes, los picotees brillaban; las caléndulas de ojos dorados centelleaban; las capuchinas envolvían los postes de la veranda en llamas verdes y doradas. Si uno tuviera tiempo para mirar estas flores lo suficiente, tiempo para superar la sensación de novedad y extrañeza, tiempo para conocerlas! Pero tan pronto como uno se detenía para separar los pétalos, para descubrir la parte inferior de la hoja, llegaba la Vida y uno era barrido. Y, tumbada en su silla de caña, Linda se sintió tan ligera; se sintió como una hoja. Llegaba la Vida como un viento y era presa y sacudida; tenía que irse. Oh, querida, ¿siempre sería así? ¿No hay escape?

... Ahora estaba sentada en la veranda de su hogar tasmaniano, apoyada contra la rodilla de su padre. Y él prometió, "En cuanto tú y yo tengamos suficiente edad, Linny, cortaremos en algún lugar, escaparemos. Dos chicos juntos. Tengo una fantasía de que me gustaría navegar por un río en China." Linda vio ese río, muy ancho, cubierto de pequeñas balsas y barcos. Vio los sombreros amarillos de los barqueros y oyó sus voces altas y delgadas mientras llamaban...

"Sí, papá."

Pero justo entonces un hombre joven muy robusto con cabello de jengibre brillante caminó lentamente frente a su casa, y lentamente,

solemne incluso, se quitó el gorro. El padre de Linda tiró de su oreja en tono de broma, como solía hacerlo.

“El novio de Linny,” susurró.

“Oh, papá, ¡qué suerte estar casada con Stanley Burnell!”

Bueno, estaba casada con él. Y además amaba a Stanley. No al Stanley que todos veían, no al de todos los días; sino a un Stanley tímido, sensible, inocente que se arrodillaba cada noche para decir sus oraciones, y que anhelaba ser bueno. Stanley era simple. Si creía en las personas—como creía en ella, por ejemplo—lo hacía con todo su corazón. No podía ser desleal; no podía decir una mentira. Y cómo sufría terriblemente si pensaba que alguien—ella—no estaba siendo totalmente honesta, totalmente sincera con él! “¡Esto es demasiado sutil para mí!” Lanzó las palabras, pero su mirada abierta, temblorosa y angustiada era como la mirada de una bestia atrapada.

Pero el problema era—aquí Linda casi se sintió inclinada a reír, aunque Dios sepa que no era asunto de risa—veía a su Stanley tan rara vez. Había destellos, momentos, espacios de respiración de calma, pero todo el resto del tiempo era como vivir en una casa que no podía curarse del hábito de incendiarse, en un barco que se naufragaba cada día. Y siempre era Stanley quien estaba en el centro del peligro. Todo su tiempo lo pasaba rescatándolo, restaurándolo, calmándolo y escuchando su historia. Y lo que quedaba de su tiempo lo pasaba en el temor de tener hijos.

Linda frunció el ceño; se sentó rápidamente en su silla de vapor y agarró sus tobillos. Sí, esa era su verdadera rencilla contra la vida; eso era lo que no podía entender. Esa era la pregunta que se hacía y se hacía, y escuchaba en vano la respuesta. Todo bien decir que era la suerte común de las mujeres tener hijos. No era verdad. Ella, por ejemplo, podía probar que estaba equivocada. Estaba rota, debilitada, su coraje había desaparecido, por el parto. Y lo que lo hacía doblemente difícil de soportar era que no amaba a sus hijos. Era inútil fingir. Incluso si hubiera tenido la fuerza, nunca habría amamantado y jugado con las pequeñas niñas. No, era como si un

aliento frío la hubiera enfriado de arriba abajo en cada uno de esos terribles viajes; no le quedaba calor para darles. En cuanto al niño—bueno, gracias a Dios, la madre lo había tomado; él era de la madre, o de Beryl, o de cualquiera que lo quisiera. Apenas lo había sostenido en sus brazos. Era tan indiferente con él que mientras él yacía allí... Linda echó un vistazo hacia abajo.

El niño se había girado. Estaba mirando hacia ella, y ya no dormía. Sus ojos de bebé azul oscuro estaban abiertos; parecía que estaba asomándose hacia su madre. Y de repente su rostro se hundió; se rompió en una amplia sonrisa sin dientes, un rayo perfecto, nada menos.

“¡Estoy aquí!” esa feliz sonrisa parecía decir. “¿Por qué no me quieres?”

Había algo tan pintoresco, tan inesperado en esa sonrisa que Linda sonrió ella misma. Pero se controló y le dijo al niño fríamente, “No me gustan los bebés.”

“¿No te gustan los bebés?” El niño no podía creerlo. “¿No me quieres?” Movié los brazos tontamente hacia su madre.

Linda dejó caer su silla sobre el césped.

“¿Por qué sigues sonriendo?” dijo severamente. “Si supieras en qué estaba pensando, no lo harías.”

Pero él solo entrecerró los ojos, astutamente, y rodó su cabeza sobre la almohada. No creía una palabra de lo que decía.

“¡Sabemos todo sobre eso!” sonrió el niño.

Linda estaba tan asombrada por la confianza de esa pequeña criatura... Ah no, sé sincera. Eso no era lo que sentía; era algo muy diferente, era algo tan nuevo, tan... Las lágrimas bailaban en sus ojos; respiró un pequeño susurro al niño, “¡Hola, mi gracioso!”

Pero para entonces el niño había olvidado a su madre. Estaba serio de nuevo. Algo rosa, algo suave, ondeaba delante de él. Hizo un agarre hacia ello y desapareció de inmediato. Pero cuando se

recostó, apareció otro, como el primero. Esta vez decidió atraparlo. Hizo un esfuerzo tremendo y se dio la vuelta completamente.

VII

La marea estaba baja; la playa estaba desierta; el cálido mar salpicaba perezosamente. El sol caía fuerte, caliente y ardiente sobre la fina arena, asando los guijarros con vetas grises, azules, negras y blancas. Absorbía la pequeña gota de agua que yacía en el hueco de las conchas curvas; blanqueaba el convolvulus rosa que atravesaba y atravesaba las colinas de arena. Nada parecía moverse excepto los pequeños saltamontes de arena. ¡Pit-pit-pit! Nunca estaban quietos.

Allí, en las rocas cubiertas de maleza que parecían a marea baja como bestias peludas bajadas al agua para beber, la luz del sol parecía girar como una moneda de plata caída en cada una de las pequeñas pozas de roca. Bailaban, temblaban, y diminutas ondulaciones lavaban las orillas porosas. Mirando hacia abajo, inclinándose, cada poza era como un lago con casas rosas y azules agrupadas en las orillas; ¡y oh! el vasto país montañoso detrás de esas casas: los barrancos, los pasos, los arroyos peligrosos y los senderos temibles que llevaban al borde del agua. Debajo ondeaba el bosque marino: árboles rosa finos como hilos, anémonas de terciopelo y malezas salpicadas de bayas naranjas. Ahora una piedra en el fondo se movió, se sacudió, y hubo un destello de un apéndice negro; ahora una criatura semejante a un hilo oscilaba pasando y se perdía. Algo estaba sucediendo a los árboles rosa que ondeaban; estaban cambiando a un azul frío de luz lunar. Y ahora sonó el más

leve “plop”. ¿Quién hizo ese sonido? ¿Qué pasaba allí abajo? Y qué fuerte, qué húmedo olía la algas marinas bajo el sol caliente...

Las persianas verdes estaban cerradas en los bungalós de la colonia de verano. Sobre las verandas, tendidas en el pastizal, lanzadas sobre las cercas, había trajes de baño de aspecto agotado y toallas de rayas ásperas. Cada ventana trasera parecía tener un par de sandalias en el alféizar y algunos montones de roca o un cubo o una colección de conchas pawa. El arbusto temblaba en una neblina de calor; el camino arenoso estaba vacío excepto por Snooker, el perro de los Trout, que yacía estirado en el medio del camino. Su ojo azul estaba mirando hacia arriba, sus patas salían rígidamente, y daba ocasionalmente una bocanada desesperada, como diciendo que había decidido terminar con esto y solo estaba esperando que llegara algún tipo de carro.

“¿Qué estás mirando, mi abuela? ¿Por qué sigues deteniéndote y medio mirando la pared?”

Kezia y su abuela estaban tomando su siesta juntas. La niña pequeña, usando solo sus calzones cortos y su sujetador, con los brazos y piernas desnudos, yacía sobre una de las almohadas infladas de la cama de su abuela, y la anciana, con una bata blanca con volantes, se sentaba en una mecedora en la ventana, con un largo trozo de tejido rosa en su regazo. Esta habitación que compartían, como las otras habitaciones del bungalow, era de madera ligeramente barnizada y el suelo estaba desnudo. Los muebles eran de la más humilde y simple apariencia. La mesa de tocador, por ejemplo, era una caja de embalaje en un peticón de muselina con brotes, y el espejo encima era muy extraño; era como si un pequeño fragmento de relámpago bifurcado estuviera atrapado en él. En la mesa había un tarro de anémonas marinas, apretadas tan fuertemente que parecían más un cojín de terciopelo, y una concha especial que Kezia le había dado a su abuela para una bandeja de pines, y otra aún más especial que ella había pensado que haría un lugar muy bonito para que un reloj se acurrucara.

“Cuéntame, abuela,” dijo Kezia.

La anciana suspiró, enrolló la lana dos veces alrededor de su pulgar y pasó la aguja de hueso a través de ella. Estaba empezando a tejer.

"Estaba pensando en tu tío William, querida," dijo tranquilamente.

"¿Mi tío William australiano?" dijo Kezia. Tenía otro.

"Sí, por supuesto."

"¿El que nunca vi?"

"Ese fue el."

"Bueno, ¿qué le pasó?" Kezia lo sabía perfectamente, pero quería que se lo dijera de nuevo.

"Fue a las minas, y allí tuvo un golpe de sol y murió," dijo la vieja señora Fairfield.

Kezia parpadeó y consideró la imagen de nuevo... Un hombrecito caído como un soldadito de hojalata al lado de un gran agujero negro.

"¿Te pone triste pensar en él, abuela?" Ella odiaba que su abuela estuviera triste.

Era el turno de la anciana de considerar. ¿Le ponía triste? Mirar hacia atrás, hacia atrás. Mirar los años, como Kezia la había visto hacer. Cuidarlos como lo hace una mujer, mucho después de que ya no estuvieran a la vista. ¿Le ponía triste? No, así es la vida.

"No, Kezia."

"¿Pero por qué?" preguntó Kezia. Levantó un brazo desnudo y comenzó a dibujar cosas en el aire. "¿Por qué tuvo que morir el tío William? No era viejo."

La señora Fairfield comenzó a contar los puntos en grupos de tres. "Simplemente sucedió," dijo con voz absorta.

"¿Todos tienen que morir?" preguntó Kezia.

"¡Todos!"

“¿Yo?” Kezia sonaba increíblemente incrédula.

“Pero, si te sientes así, ¿por qué—” comenzó Linda rápidamente.

“¡Ah!” gritó Jonathan. Y ese “¡Ah!” era de alguna manera casi exultante. “Ahí me tienes. ¿Por qué? ¿Por qué en verdad? Ahí está la pregunta enloquecedora y misteriosa. ¿Por qué no vuelvo a volar? Ahí está la ventana o la puerta o lo que sea por donde entré. No está cerrada desesperadamente—¿verdad? ¿Por qué no la encuentro y me voy? Respóndeme eso, hermanita.” Pero no le dio tiempo para responder.

“Soy exactamente como ese insecto de nuevo. Por alguna razón”—Jonathan hizo una pausa entre las palabras—“no está permitido, está prohibido, está contra la ley de los insectos, dejar de golpear y aletear y arrastrarse hacia el cristal siquiera por un instante. ¿Por qué no dejo la oficina? ¿Por qué no considero seriamente, este momento, por ejemplo, qué es lo que me impide irme? No es como si estuviera tremendamente atado. Tengo dos niños para mantener, pero, al fin y al cabo, son niños. Podría cortar hacia el mar, o conseguir un trabajo en el interior, o——” De repente sonrió a Linda y dijo con una voz cambiada, como si estuviera confiando un secreto, “Débil... débil. Sin resistencia. Sin ancla. Sin principio guía, llamémoslo así.” Pero entonces la voz oscura y aterciopelada se desplegó:

¿Escucharías la historia
Cómo se despliega ella misma . . .

y quedaron en silencio.

El sol se había puesto. En el cielo occidental había grandes masas de nubes de color rosa trituradas. Grandes haces de luz brillaban a través de las nubes y más allá de ellas como si quisieran cubrir todo el cielo. Sobre su cabeza, el azul se desvanecía; se tornaba de un dorado pálido, y el arbusto delineado contra él brillaba oscuro y brillante como metal. A veces cuando esos haces de luz aparecen en el cielo son muy horribles. Te recuerdan que allá arriba se sienta Jehová, el Dios celoso, el Todopoderoso, cuyo ojo está sobre ti,

siempre vigilante, nunca cansado. Recuerdas que en Su llegada toda la tierra temblará en un cementerio arruinado; los ángeles fríos y brillantes te conducirán de aquí para allá, y no habrá tiempo para explicar lo que se podría explicar tan simplemente... Pero esta noche le parecía a Linda que había algo infinitamente alegre y amoroso en esos haces plateados. Y ahora no venía ningún sonido del mar. Respiraba suavemente como si quisiera llevar esa belleza tierna y alegre a su propio seno.

"Está todo mal, está todo mal," llegó la voz sombría de Jonathan. "No es la escena, no es el escenario para... tres taburetes, tres escritorios, tres tinajas de tinta y una persiana de alambre..."

Linda sabía que él nunca cambiaría, pero dijo, "¿Es demasiado tarde, incluso ahora?"

"Soy viejo—soy viejo," entonó Jonathan. Se inclinó hacia ella, pasó su mano por su cabeza. "¡Mira!" Su cabello negro estaba salpicado de plata, como el plumaje del pecho de un ave negra.

Linda estaba sorprendida. No tenía idea de que él estaba canoso. Y sin embargo, mientras él se levantaba a su lado y suspiraba y estiraba, lo vio, por primera vez, no resuelto, no galante, no descuidado, sino ya tocado por la edad. Parecía muy alto en la hierba oscurecida, y le cruzó por la mente, "Él es como una maleza."

Jonathan se inclinó de nuevo y besó sus dedos.

"¡Que el cielo recompense tu dulce paciencia, mi señora!" murmuró. "Debo ir a buscar esos herederos de mi fama y fortuna. . . ." Se fue.

VIII

El sol aún brillaba en el jardín cuando la puerta trasera de los Burnells se cerró con un golpe, y una figura muy alegre caminó por el camino hacia la puerta. Era Alice, la sirvienta, vestida para su salida de la tarde. Llevaba un vestido de algodón blanco con manchas rojas tan grandes que daban escalofríos, zapatos blancos y un sombrero de paja volteado bajo el borde con amapolas. Por supuesto, llevaba guantes, blancos, manchados en los cierres con moho de hierro, y en una mano llevaba una sombrilla de sol de aspecto muy desgastado que ella llamaba su "perishall".

Beryl, sentada en la ventana, abanicando su cabello recién lavado, pensó que nunca había visto a alguien así. Si Alice solo se hubiera ennegrecido la cara con un trozo de corcho antes de salir, el cuadro estaría completo. ¿Y a dónde iba una chica como esa en un lugar como este? El abanico en forma de corazón de Fijian batía con desprecio contra esa melena brillante y hermosa. Supuso que Alice había recogido a algún horrible larrikin común y se habían ido juntas al arbusto. ¡Pobre de ella por hacerse tan visible; tendrían mucho trabajo para esconderse con Alice en ese atuendo!

Pero no, Beryl era injusta. Alice iba a tomar el té con la señora Stubbs, quien le había enviado una "invitación" a través del niño pequeño que pedía órdenes. Le había caído muy bien a la señora Stubbs desde la primera vez que fue a la tienda a conseguir algo para sus mosquitos.

"¡Querido corazón!" había aplaudido la señora Stubbs. "Nunca he visto a nadie tan comido. Podrías haber sido atacada por canningbals."

Alice deseaba que hubiera habido un poco de vida en el camino, sin embargo. La hacía sentir tan rara, sin que nadie la siguiera. La

hacía sentir toda débil de la columna vertebral. No podía creer que nadie la estuviera observando. Y sin embargo, era tonto girarse; te delataba. Tiró sus guantes, tarareó para sí misma y dijo al eucalipto lejano, “Ya casi no falta.” Pero eso apenas era compañía.

La tienda de la señora Stubbs estaba situada en una pequeña colina justo al lado del camino. Tenía dos grandes ventanas como ojos, una amplia veranda para un sombrero, y el cartel en el techo, garabateado como MRS. STUBBS’S, era como una pequeña tarjeta pegada descaradamente en la corona del sombrero.

En la veranda colgaba una larga cuerda de trajes de baño, pegados entre sí como si acabaran de ser rescatados del mar en lugar de esperar para entrar, y junto a ellos colgaba un grupo de sandalias tan extraordinariamente mezcladas que para alcanzar un par tenías que rasgar y separar forzosamente al menos cincuenta. Incluso entonces era la cosa más rara encontrar la izquierda que pertenecía a la derecha. Habían tantas personas que perdieron la paciencia y se fueron con una sandalia que encajaba y otra que era un poco demasiado grande... Las Stubbs se enorgullecían de mantener algo de todo. Las dos ventanas, dispuestas en forma de pirámides precarias, estaban tan apretadas, apiladas tan alto, que parecía que solo un mago podría evitar que se cayeran. En la esquina izquierda de una ventana, pegada al cristal por cuatro tabletas de gelatina, había—y había desde tiempos inmemoriales—un aviso.

PERDIDO! BROCHE DE LEÓN GUAPO
ORO MACIZO
EN O CERCA DE LA PLAYA
OFRECE RECOMPENSA

Alice abrió la puerta. La campana tintineó, las cortinas de serge rojo se abrieron, y apareció la señora Stubbs. Con su amplia sonrisa y el largo cuchillo de tocino en la mano, parecía una amigable banda. Alice fue recibida tan cálidamente que le resultó bastante difícil mantener sus “modales.” Consistían en tos persistentes y hem,

tirones de sus guantes, ajustes de su falda, y una curiosa dificultad para ver lo que se ponía delante de ella o entender lo que se decía.

El té fue puesto sobre la mesa de la sala—jamón, sardinas, un kilo entero de mantequilla, y un gran pan de Johnny que parecía un anuncio para el polvo de hornear de alguien. Pero la estufa Primus rugía tan fuerte que era inútil intentar hablar por encima de ella. Alice se sentó en el borde de una silla de cesta mientras la señora Stubbs bombeaba la estufa aún más alto. De repente, la señora Stubbs sacudió el cojín de una silla y reveló un gran paquete de papel marrón.

“Acabo de tener algunas fotos nuevas, querida,” gritó alegremente a Alice. “Dime qué te parecen.”

De una manera muy delicada y refinada, Alice humedeció su dedo y volvió a poner el tejido del primero. ¡La vida! ¡Cuántas había! Había al menos tres durmiendo. Y levantó las suyas a la luz.

La señora Stubbs se sentó en un sillón, inclinándose mucho hacia un lado. Había una mirada de leve asombro en su gran rostro, y bien podría haberla. Porque aunque el sillón estaba sobre una alfombra, al lado izquierdo de él, milagrosamente rodeando el borde de la alfombra, había una cascada deslumbrante. A su derecha se erguía una columna griega con un helecho gigante a cada lado, y al fondo se alzaba una montaña demacrada, pálida por la nieve.

“Es un estilo bonito, ¿verdad?” gritó la señora Stubbs; y Alice apenas logró gritar “Dulcemente” cuando el rugido de la estufa Primus disminuyó, se apagó, cesó, y ella dijo “Bonito” en un silencio que era aterrador.

“Sube tu silla, querida,” dijo la señora Stubbs, comenzando a servir. “Sí,” dijo pensativamente, mientras pasaba el té, “pero no me importa el tamaño. Estoy haciendo un ampliamento. Muy bien para tarjetas de Navidad, pero nunca fui de las que prefieren fotos pequeñas. No saco consuelo de ellas. A decir verdad, las encuentro desalentadoras.”

Alice entendió perfectamente lo que quería decir.

“Tamaño,” dijo la señora Stubbs. “Dame tamaño. Eso era lo que mi pobre querido esposo siempre decía. No soportaba nada pequeño. Me daba escalofríos. Y, extraño como parezca, querida”—aquí la señora Stubbs crujió y pareció expandirse ella misma al recordar —“fue el edema lo que lo llevó en el final. Muchas veces le sacaron uno y medio pintas en el hospital. . . . Parecía una decisión.”

Alice ardía por saber exactamente qué era lo que le sacaron. Se atrevió, “Supongo que era agua.”

Pero la señora Stubbs miró a Alice con sus ojos y respondió con significado, “Era líquido, querida.”

¡Líquido! Alice saltó lejos de la palabra como un gato y volvió a ella, olfateando y cautelosa.

“¡Eso es él!” dijo la señora Stubbs, y señaló dramáticamente hacia la cabeza y hombros a tamaño real de un hombre corpulento con una rosa blanca muerta en la solapa de su abrigo que te hacía pensar en un rizo de grasa mutada y fría. Justo debajo, en letras plateadas sobre un fondo de cartón rojo, estaban las palabras: “No temas, soy yo.”

“Siempre tiene una cara tan bonita,” dijo Alice débilmente.

El lazo azul pálido en la parte superior del cabello rizado y claro de la señora Stubbs temblaba. Incluyó su cuello robusto. ¡Qué cuello tenía! Era de un rosa brillante donde comenzaba y luego cambiaba a un melocotón cálido, y eso se desvanecía al color de un huevo marrón y luego a un cremoso profundo.

“Aun así, querida,” dijo sorprendentemente, “¡la libertad es lo mejor!” Su suave y gordita carcajada sonaba como un ronroneo. “La libertad es lo mejor,” dijo de nuevo la señora Stubbs.

¡Libertad! Alice dio una risa pequeña y tonta. Se sintió incómoda. Su mente voló de regreso a su propia cocina. ¡Tan rara! Quería estar de nuevo en ella.

IX

Una extraña compañía se reunió en el lavadero de los Burnells después del té. Alrededor de la mesa estaban sentados un toro, un gallo, un burro que seguía olvidando que era un burro, una oveja y una abeja. El lavadero era el lugar perfecto para tal reunión porque podían hacer tanto ruido como quisieran, y nadie los interrumpía jamás. Era un pequeño cobertizo de hojalata separado del bungalow. Contra la pared había un profundo canal y en la esquina un cobre con una cesta de pinzas para ropa encima. La pequeña ventana, cubierta con telarañas, tenía una vela y una trampa para ratones en el alféizar polvoriento. Había tendederos cruzados por encima y, colgando de un clavo en la pared, una media luna de herradura muy grande y oxidada. La mesa estaba en el centro con una figura a cada lado.

“No puedes ser una abeja, Kezia. Una abeja no es un animal. Es un ninseck.”

“Oh, pero yo sí quiero ser una abeja tremendamente,” gimió Kezia... Una pequeña abeja, toda peluda de amarillo, con patas rayadas. Levantó sus patas bajo ella y se inclinó sobre la mesa. Sentía que era una abeja.

“Un ninseck debe ser un animal,” dijo decididamente. “Hace ruido. No es como un pez.”

“¡Soy un toro, soy un toro!” gritó Pip. Y dio un bramido tan tremendo—¿cómo hacía ese ruido?—que Lottie se veía bastante alarmada.

“Voy a ser una oveja,” dijo el pequeño Rags. “Un montón de ovejas pasó esta mañana.”

“¿Cómo lo sabes?”

“Papá las oyó. ¡Baa!” Sonaba como el corderito que trota detrás y parece esperar para ser cargado.

“¡Cock-a-doodle-do!” chilló Isabel. Con sus mejillas rojas y ojos brillantes, parecía un gallo.

“¿Qué voy a ser?” preguntó Lottie a todos, y se sentó allí sonriendo, esperando que ellos decidieran por ella. Tenía que ser una fácil.

“Serás un burro, Lottie.” Fue la sugerencia de Kezia. “¡Hee-haw! No puedes olvidar eso.”

“¡Hee-haw!” dijo Lottie solemnemente. “¿Cuándo tengo que decirlo?”

“Te lo explicaré, te lo explicaré,” dijo el toro. Era él quien tenía las cartas. Las agitó alrededor de su cabeza. “¡Todos callen! ¡Todos escuchen!” Y esperó por ellos. “Mira, Lottie.” Giró una carta. “Tiene dos manchas—¿ves? Ahora, si pones esa carta en el medio y alguien más tiene una con dos manchas también, dices ‘Hee-haw,’ y la carta es tuya.”

“¿Mía?” Lottie tenía los ojos redondos. “¿Para guardar?”

“No, tonta. Solo para el juego, ¿ves? Solo mientras jugamos.” El toro estaba muy enojado con ella.

“Oh, Lottie, eres una pequeña tonta,” dijo orgullosamente el gallo. Lottie miró a ambos, de ellos. Luego bajó la cabeza; su labio tembló. “No quiero jugar,” susurró. Los demás se miraron entre sí como conspiradores. Todos sabían lo que eso significaba. Ella se iría y sería descubierta en algún lugar parada con su peticón lanzado sobre su cabeza, en una esquina, o contra una pared, o incluso detrás de una silla.

“¡Sí, lo haces, Lottie. Es bastante fácil,” dijo Kezia.

Y Isabel, arrepentida, dijo exactamente como una adulta, “Mírame, Lottie, y pronto aprenderás.”

“Ánimo, Lottie,” dijo Pip. “Ahí, sé lo que haré. Te daré la primera. Es mía, realmente, pero te la daré. Aquí tienes.” Y golpeó la carta delante de Lottie.

Lottie revivió en ese momento. Pero ahora estaba en otra dificultad. “No tengo un pañuelo,” dijo; “quiero uno muy, también.”

“Aquí, Lottie, puedes usar el mío.” Rags se sumergió en su camisa de marinero y sacó uno de aspecto muy mojado, atado juntos, “Ten mucho cuidado,” le advirtió. “Solo usa esa esquina. No lo deshagas. Tengo una pequeña estrella de mar dentro que voy a intentar domesticar.”

“Oh, vamos, chicas,” dijo el toro. “Y cuidado—no deben mirar sus cartas. Tienen que mantener sus manos bajo la mesa hasta que yo diga ‘¡Go!’”

¡Chas! Las cartas giraron alrededor de la mesa. Intentaron con todas sus fuerzas ver, pero Pip era demasiado rápido para ellas. Era muy emocionante, estar allí en el lavadero; era todo lo que podían hacer para no estallar en un pequeño coro de animales antes de que Pip terminara de repartir.

“Ahora, Lottie, tú comienzas.”

Timidamente Lottie extendió una mano, tomó la carta superior de su mazo, la miró bien—estaba claro que estaba contando las manchas—y la puso.

“No, Lottie, no puedes hacer eso. No debes mirar primero. Debes darle la vuelta.”

“Pero entonces todos verán al mismo tiempo que yo,” dijo Lottie.

El juego continuó. ¡Mooe-ooo-er! El toro era terrible. Se lanzó sobre la mesa y parecía devorar las cartas.

¡Bss-ss! dijo la abeja.

¡Cock-a-doodle-do! Isabel se puso de pie con su emoción y movió sus codos como alas.

¡Baa! El pequeño Rags puso el Rey de Diamantes y Lottie puso el que ellos llamaban el Rey de España. Apenas le quedaban cartas.

“¿Por qué no llamas, Lottie?”

“He olvidado qué soy,” dijo el burro tristemente.

“Bueno, ¡cambia! ¡Sé un perro en su lugar! ¡Bow-wow!”

“¡Oh sí. Eso es mucho más fácil.” Lottie sonrió de nuevo. Pero cuando ella y Kezia ambas tenían una, Kezia esperó a propósito. Los demás hicieron señales a Lottie y señalaron. Lottie se puso muy roja; parecía desconcertada, y al final dijo, “¡Hee-haw! Ke-zia.”

“¡Ss! ¡Espera un minuto!” Estaban en pleno apogeo cuando el toro los detuvo, levantando su mano. “¿Qué es eso? ¿Qué es ese ruido?”

“¿Qué ruido? ¿Qué quieres decir?” preguntó el gallo.

“¡Ss! ¡Cállense! ¡Escuchen!” Estaban quietos como ratones. “Pensé que oí un—a una especie de golpe,” dijo el toro.

“¿Cómo era?” preguntó la oveja débilmente.

Sin respuesta.

La abeja dio un escalofrío. “¿Por qué cerramos la puerta para eso?” dijo suavemente. Oh, ¿por qué cerraron la puerta?

Mientras jugaban, el día se había desvanecido; el magnífico atardecer había ardido y muerto. Y ahora la oscuridad rápida corría sobre el mar, sobre las colinas de arena, por el pastizal. Tenías miedo de mirar en las esquinas del lavadero, y sin embargo tenías que mirar con todas tus fuerzas. Y en algún lugar, lejos, la abuela estaba encendiendo una lámpara. Las persianas estaban bajando; el fuego de la cocina saltaba en las latas de la repisa.

“Sería horrible ahora,” dijo el toro, “si una araña cayera del techo sobre la mesa, ¿no es así?”

“Las arañas no caen de los techos.”

“Sí, lo hacen. Nuestra Min nos dijo que había visto una araña tan grande como un platillo, con pelos largos en ella como una grosella.”

Rápidamente todas las cabezas pequeñas se levantaron bruscamente; todos los cuerpos pequeños se juntaron, se presionaron.

“¿Por qué no viene alguien a llamarnos?” gritó el gallo.

Oh, esos adultos, riendo y cómodos, sentados en la luz de la lámpara, bebiendo de tazas! Se habían olvidado de ellos. No, no realmente olvidados. Eso era lo que significaba su sonrisa. Habían decidido dejarlos allí todos solos.

De repente Lottie dio un grito tan penetrante que todos ellos saltaron de las figuras, todos ellos también gritaron. “¡Una cara—una cara mirando!” chilló Lottie.

Era verdad, era real. Presionada contra la ventana había una cara pálida, ojos negros, una barba negra.

“¡Abuela! ¡Madre! ¡Alguien!”

Pero no habían llegado a la puerta, tropezando unos sobre otros, antes de que se abriera para el Tío Jonathan. Él había venido para llevarse a los niños pequeños a casa.

X

Había planeado estar allí antes, pero en el jardín delantero se encontró con Linda caminando arriba y abajo sobre el césped, deteniéndose para quitarse una rosa rosa muerta o darle algo a una clavel cargado, o para tomar una respiración profunda de algo, y luego seguir caminando, con su pequeño aire de lejanía. Sobre su

vestido blanco llevaba una capa amarilla con flecos rosas de la tienda del chino.

“¡Hola, Jonathan!” llamó Linda. Y Jonathan se quitó su panamá desgastado, lo presionó contra su bolsillo del pecho, se arrodilló y besó la mano de Linda.

“¡Saludos, mi bella! ¡Saludos, mi celestial flor de durazno!” retumbó la voz grave suavemente. “¿Dónde están las otras nobles damas?”

“Beryl está jugando bridge y la madre está bañando al niño... ¿Has venido a pedir algo prestado?”

Los Trouts siempre estaban quedándose sin cosas y enviando cosas a los Burnells en el último momento.

Pero Jonathan solo respondió, “Un poco de amor, un poco de bondad;” y caminó junto a su cuñada.

Linda se dejó caer en la hamaca de Beryl bajo el árbol de manuka, y Jonathan se estiró en el césped a su lado, sacó un tallo largo y comenzó a masticarlo. Se conocían bien. Las voces de los niños gritaban desde los otros jardines. Un carro ligero de pescador se sacudió por el camino arenoso, y desde lejos escucharon un perro ladrando; estaba amortiguado como si el perro tuviera la cabeza en una bolsa. Si escuchabas podías apenas oír el suave zumbido del mar a marea alta barriendo los guijarros. El sol se estaba poniendo.

“¿Y así vuelves a la oficina el lunes, verdad, Jonathan?” preguntó Linda.

“El lunes la puerta de la jaula se abre y cierra sobre la víctima por otros once meses y una semana,” respondió Jonathan.

Linda se movió un poco. “Debe ser horrible,” dijo lentamente.

“¿Me quieres hacer reír, mi bella hermana? ¿Me quieres hacer llorar?”

Linda estaba tan acostumbrada a la manera de hablar de Jonathan que no le prestó atención.

“Supongo,” dijo vagamente, “que uno se acostumbra. Uno se acostumbra a cualquier cosa.”

“¿Uno? ¡Hum!” El “Hum” era tan profundo que parecía retumbar desde debajo del suelo. “Me pregunto cómo se hace,” meditó Jonathan; “nunca lo he logrado.”

Mirándolo mientras yacía allí, Linda pensó de nuevo en lo atractivo que era. Era extraño pensar que solo era un oficinista ordinario, que Stanley ganaba el doble de dinero que él. ¿Qué le pasaba a Jonathan? No tenía ambición; supuso que eso era. Y sin embargo, uno sentía que tenía un don, excepcional. Le encantaba la música apasionadamente; cada centavo extra que tenía iba a libros. Siempre estaba lleno de nuevas ideas, esquemas, planes. Pero nada de eso sucedía. El nuevo fuego ardía en Jonathan; casi se escuchaba rugir suavemente mientras explicaba, describía y dilataba sobre la nueva cosa; pero un momento después había caído y solo quedaban cenizas, y Jonathan caminaba con una mirada como de hambre en sus ojos negros. En esos momentos exageraba su absurda manera de hablar, y cantaba en la iglesia—era el líder del coro—con tal intensidad dramática que el himno más sencillo ponía un esplendor impío.

“Me parece tan imbécil, tan infernal, tener que ir a la oficina el lunes,” dijo Jonathan, “como siempre ha sido y siempre lo será. Pasar todos los mejores años de la vida sentado en un taburete de nueve a cinco, rasguñando en el libro de contabilidad de alguien! Es una manera extraña de hacer de tu... tu única vida, ¿no es así? ¿O estoy soñando dulcemente?” Se dio vuelta en el césped y miró hacia Linda. “Dime, ¿cuál es la diferencia entre mi vida y la de un prisionero ordinario? La única diferencia que puedo ver es que me metí en la cárcel y nadie nunca me va a dejar salir. Esa es una situación más intolerable que la otra. Porque si me hubieran—empujado, contra mi voluntad— pateando, incluso—una vez que la puerta estuviera cerrada, o al menos en cinco años o algo así, podría haber aceptado el hecho y comenzado a interesarme por el vuelo de las moscas o contar los pasos del guardia a lo largo del pasaje con

atención particular a las variaciones de pisada y así sucesivamente. Pero como es, soy como un insecto que ha volado a una habitación por su propia voluntad. Choco contra las paredes, choco contra las ventanas, me estiro contra el techo, hago todo lo que Dios de la tierra, de hecho, excepto volar de nuevo. Y todo el tiempo estoy pensando, como esa polilla, o esa mariposa, o lo que sea, '¡La brevedad de la vida! ¡La brevedad de la vida!' Solo tengo una noche o un día, y hay este vasto y peligroso jardín, esperando allá afuera, no descubierto, inexplorado."

"Pero, si te sientes así, ¿por qué—" comenzó Linda rápidamente.

"¡Ah!" gritó Jonathan. Y ese "¡Ah!" era de alguna manera casi exultante. "Ahí me tienes. ¿Por qué? ¿Por qué en verdad? Ahí está la pregunta enloquecedora y misteriosa. ¿Por qué no vuelvo a volar? Ahí está la ventana o la puerta o lo que sea por donde entré. No está cerrada desesperadamente—¿verdad? ¿Por qué no la encuentro y me voy? Respóndeme eso, hermanita." Pero no le dio tiempo para responder.

"Soy exactamente como ese insecto de nuevo. Por alguna razón"—Jonathan hizo una pausa entre las palabras—"no está permitido, está prohibido, está contra la ley de los insectos, dejar de golpear y aletear y arrastrarse hacia el cristal siquiera por un instante. ¿Por qué no dejo la oficina? ¿Por qué no considero seriamente, este momento, por ejemplo, qué es lo que me impide irme? No es como si estuviera tremendamente atado. Tengo dos niños para mantener, pero, al fin y al cabo, son niños. Podría cortar hacia el mar, o conseguir un trabajo en el interior, o———" De repente sonrió a Linda y dijo con una voz cambiada, como si estuviera confiando un secreto, "Débil... débil. Sin resistencia. Sin ancla. Sin principio guía, llamémoslo así." Pero entonces la voz oscura y aterciopelada se desplegó:

¿Escucharías la historia
Cómo se despliega ella misma . . .

y quedaron en silencio.

El sol se había puesto. En el cielo occidental había grandes masas de nubes de color rosa trituradas. Grandes haces de luz brillaban a través de las nubes y más allá de ellas como si quisieran cubrir todo el cielo. Sobre su cabeza, el azul se desvanecía; se tornaba de un dorado pálido, y el arbusto delineado contra él brillaba oscuro y brillante como metal. A veces cuando esos haces de luz aparecen en el cielo son muy horribles. Te recuerdan que allá arriba se sienta Jehová, el Dios celoso, el Todopoderoso, cuyo ojo está sobre ti, siempre vigilante, nunca cansado. Recuerdas que en Su llegada toda la tierra temblará en un cementerio arruinado; los ángeles fríos y brillantes te conducirán de aquí para allá, y no habrá tiempo para explicar lo que se podría explicar tan simplemente... Pero esta noche le parecía a Linda que había algo infinitamente alegre y amoroso en esos haces plateados. Y ahora no venía ningún sonido del mar. Respiraba suavemente como si quisiera llevar esa belleza tierna y alegre a su propio seno.

“Está todo mal, está todo mal,” llegó la voz sombría de Jonathan. “No es la escena, no es el escenario para... tres taburetes, tres escritorios, tres tinajas de tinta y una persiana de alambre...”

Linda sabía que él nunca cambiaría, pero dijo, “¿Es demasiado tarde, incluso ahora?”

“Soy viejo—soy viejo,” entonó Jonathan. Se inclinó hacia ella, pasó su mano por su cabeza. “¡Mira!” Su cabello negro estaba salpicado de plata, como el plumaje del pecho de un ave negra.

Linda estaba sorprendida. No tenía idea de que él estaba canoso. Y sin embargo, mientras él se levantaba a su lado y suspiraba y estiraba, lo vio, por primera vez, no resuelto, no galante, no descuidado, sino ya tocado por la edad. Parecía muy alto en la hierba oscurecida, y le cruzó por la mente, “Él es como una maleza.”

Jonathan se inclinó de nuevo y besó sus dedos.

“¡Que el cielo recompense tu dulce paciencia, mi señora!” murmuró. “Debo ir a buscar esos herederos de mi fama y fortuna. . . .” Se fue.

XI

La luz brillaba en las ventanas del bungalow. Dos parches cuadrados de oro caían sobre los rosados y los caléndulas puntiagudas. Florrie, la gata, salió a la veranda y se sentó en el escalón superior, con sus patas blancas juntas, su cola enroscada. Parecía contenta, como si hubiera estado esperando este momento todo el día.

"Gracias a Dios, se está haciendo tarde," dijo Florrie. "Gracias a Dios, el largo día ha terminado." Sus ojos verde ciruela se abrieron.

Presente el ruido del carro del autobús, el crujido del látigo de Kelly. Se acercaba lo suficientemente cerca como para escuchar las voces de los hombres de la ciudad, hablando juntos en voz alta. Se detuvo en la puerta de los Burnells.

Stanley estaba a mitad de camino por el sendero antes de ver a Linda. "¿Esa eres tú, querida?"

"Sí, Stanley."

Saltó sobre el lecho de flores y la agarró en sus brazos. Ella estaba envuelta en ese abrazo familiar, ansioso y fuerte.

"Perdóname, querida, perdóname," tartamudeó Stanley, y puso su mano debajo de su barbilla y levantó su rostro hacia él.

"¿Perdonarte?" sonrió Linda. "¿Pero para qué?"

"¡Dios mío! ¿No te has dado cuenta—debes haberte dado cuenta—me fui sin despedirme esta mañana? No puedo imaginar cómo pude hacer tal cosa. Mi maldito temperamento, por supuesto. Pero—bueno"—y suspiró y la volvió a abrazar—"he sufrido bastante hoy."

"¿Pero, Stanley," dijo Linda, "¿qué debo perdonarte?"

"¡Linda!"—Stanley estaba muy herido—"¿no te diste cuenta—debes haberte dado cuenta—me fui sin despedirme esta mañana?"

No puedo imaginar cómo pude hacer tal cosa. Mi maldito temperamento, por supuesto. Pero—bueno”—y suspiró y la volvió a abrazar—“he sufrido bastante hoy.”

“¿Qué es eso que tienes en la mano?” preguntó Linda. “¿Nuevos guantes? Déjame ver.”

“Oh, solo un par barato de guantes de lavado,” dijo Stanley humildemente. “Noté que Bell llevaba unos en el autobús esta mañana, así que, mientras pasaba por la tienda, entré corriendo y conseguí un par. ¿Por qué te estás sonriendo? ¿No crees que fue incorrecto de mi parte, verdad?”

“Al contrario, querida,” dijo Linda, “creo que fue muy sensato.”

Se puso uno de los grandes guantes pálidos en sus propios dedos y miró su mano, girándola de un lado a otro. Todavía estaba sonriendo.

Stanley quería decir, “Estaba pensando en ti todo el tiempo que los compré.” Era verdad, pero por alguna razón no podía decirlo. “Vamos a entrar,” dijo él.

XII

¿Por qué uno se siente tan diferente por la noche? ¿Por qué es tan emocionante estar despierto cuando todos los demás están dormidos? Tarde—ies muy tarde! Y sin embargo cada momento te sientes más y más despierto, como si estuvieras lentamente casi con cada respiro, despertando a un mundo nuevo, maravilloso, mucho más emocionante y emocionante que el de la luz del día. ¿Y qué es

esa sensación extraña de que eres un conspirador? Ligera y sigilosamente te mueves por tu habitación. Tomas algo de la mesa de tocador y lo vuelves a poner sin hacer ruido. Y todo, incluso el cabezal de la cama, te conoce, responde, comparte tu secreto...

No te gusta mucho tu habitación de día. Nunca piensas en ella. Entrás y sales, la puerta se abre y se cierra, el armario cruje. Te sientas al costado de tu cama, te cambias los zapatos y sales corriendo de nuevo. Un salto hacia el espejo, dos pines en tu cabello, te espolvoreas la nariz y sales de nuevo. Pero ahora—es de repente querido para ti. Es una pequeña y encantadora habitación divertida. ¡Es tuya! ¡Oh, qué alegría es poseer cosas! ¡Mía—propia!

“¿Mía para siempre?”

“Sí.” Sus labios se encontraron.

No, por supuesto, eso no tenía nada que ver con ello. Todo era una tontería y basura. Pero, a pesar de sí misma. Beryl vio tan claramente a dos personas de pie en medio de su habitación. Sus brazos estaban alrededor del cuello de él; él la sostenía. Y ahora susurró, “¡Mi belleza, mi pequeña belleza!” Ella saltó de la cama, corrió hacia la ventana y se arrodilló en el banco de la ventana, con sus codos en el alféizar. Pero la hermosa noche, el jardín, cada arbusto, cada hoja, incluso las persianas blancas, incluso las estrellas, eran conspiradores también. Tan brillante era la luna que las flores brillaban como de día; la sombra de las capuchinas, exquisitas hojas en forma de lirio y flores abiertas ampliamente, se extendían sobre la veranda plateada. El árbol de manuka, inclinado por los vientos del sur, era como un pájaro en una pierna extendiendo un ala.

Pero cuando Beryl miró el arbusto, le pareció que el arbusto estaba triste.

“Somos árboles mudos, alcanzando en la noche, implorando que no sabemos qué,” dijo el arbusto triste.

Es verdad cuando estás solo y piensas en la vida, siempre es triste. Toda esa emoción y demás tiene una manera de dejarte de

repente, y es como si, en el silencio, alguien llamara tu nombre, y oyes tu nombre por primera vez. "¡Beryl!"

"Sí, estoy aquí. Soy Beryl. ¿Quién me quiere?"

"¡Beryl!"

"Déjame venir."

Es solitario vivir solo. Por supuesto, hay parientes, amigos, montones de ellos; pero eso no es lo que quiere decir. Ella quiere a alguien que encuentre a la Beryl que ninguno de ellos conoce, que espere que ella siempre sea esa Beryl. Quiere un amante.

"Llévame lejos de toda esta gente, mi amor. Escapemos lejos. Vivamos nuestra vida, toda nueva, toda nuestra, desde el principio. Hagamos nuestro fuego. Sentémonos a comer juntos. Tengamos largas charlas por la noche."

Y el pensamiento era casi, "¡Sálvame, mi amor. ¡Sálvame!"

... "¡Oh, vamos! ¡No seas una puritana, querida. Disfrutas mientras eres joven. Ese es mi consejo." Y una alta ráfaga de risa tonta se unió al fuerte y indiferente relinchar de la señora Harry Kember.

Verás, es tan tremendamente difícil cuando no tienes a nadie. Estás tan a merced de las cosas. No puedes simplemente ser grosero. Y siempre tienes este horror de parecer inexperto y rígido como las otras tontas en la Bahía. Y—y es fascinante saber que tienes poder sobre las personas. Sí, eso es fascinante...

Oh, por qué, oh por qué no viene "él" pronto?

Si sigo viviendo aquí, pensó Beryl, cualquier cosa puede sucederme.

"Pero ¿cómo sabes que él viene en absoluto?" se burló una pequeña voz dentro de ella.

Pero Beryl lo desestimó. No podía ser dejada. Otras personas, tal vez, pero no ella. No era posible pensar que Beryl Fairfield nunca se casó, esa linda y fascinante chica.

“¿Recuerdas a Beryl Fairfield?”

“¿Recordarla! ¡Como si pudiera olvidarla! Fue un verano en la Bahía que la vi. Estaba parada en la playa con un vestido de muselina azul”—no, rosa—“sujetando un gran sombrero de paja crema”—no, negro—. Pero ya han pasado años.”

“Es tan bella como siempre, más aún si acaso.”

Beryl sonrió, mordió su labio y miró sobre el jardín. Mientras miraba, vio a alguien, un hombre, salir del camino, caminar por el pastizal al lado de sus cercas como si estuviera viniendo directamente hacia ella. Su corazón latió. ¿Quién era? ¿Quién podría ser? No podía ser un ladrón, ciertamente no un ladrón, porque estaba fumando y paseaba ligero. El corazón de Beryl saltó; parecía girar de una manera que se detuviera. La reconoció.

“Buenas noches, señorita Beryl,” dijo la voz suavemente.

“Buenas noches.”

“¿No vienes a dar un pequeño paseo?” arrastró.

“Yo no podría. Todos están en la cama. Todos están dormidos.”

“Oh,” dijo la voz ligeramente, y una bocanada de humo dulce llegó a ella. “¿Qué importa todo el mundo? ¡Ven! Es una noche tan hermosa. No hay alma por aquí.”

Beryl sacudió la cabeza. Pero ya algo se agitaba dentro de ella, algo levantó su cabeza.

La voz dijo, “¿Temerosa?” Se burló, “¡Pobre niña!”

“No en absoluto,” dijo ella suavemente; “¿por qué debería estarlo?”

Su mano fue tomada.

“No, no voy a seguir más allá,” dijo Beryl.

“Oh, maldito!” Harry Kember no le creyó. “¡Ven! Solo iremos hasta ese arbusto de fucsia. ¡Ven!”

El arbusto de fucsia era alto. Se caía sobre la cerca en una lluvia. Había una pequeña poza de oscuridad debajo.

“No, realmente, no quiero,” dijo Beryl.

Por un momento Harry Kember no respondió. Luego se acercó a ella, se giró hacia ella, sonrió y dijo rápidamente, “¡No seas tonta! ¡No seas tonta!”

Su sonrisa era algo que ella nunca había visto antes. ¿Estaba borracho? Esa sonrisa brillante, ciega, aterradora la congeló de horror. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo llegó aquí? El estricto jardín le preguntaba mientras la puerta se abría, y rápido como un gato, Harry Kember entró y la agarró de él.

“¡Diablo frío, pequeño diablo frío!” dijo la voz odiosa.

Pero Beryl era fuerte. Se deslizó, se agachó, se soltó.

“Eres vil, vil,” dijo ella.

“Entonces, ¿por qué por el nombre de Dios viniste?” tartamudeó Harry Kember.

Nadie le respondió.

Una nube, pequeña y serena, flotó sobre la luna. En ese momento de oscuridad el mar sonaba profundo, inquieto. Luego la nube navegó lejos, y el sonido del mar era un murmullo vago, como si despertara de un sueño oscuro. Todo estaba quieto.

1. [En la Bahía - Katherine Mansfield](#)
2. [I](#)
3. [II](#)
4. [III](#)
5. [IV](#)
6. [V](#)
7. [VI](#)
8. [VII](#)
9. [VIII](#)
10. [IX](#)
11. [X](#)
12. [XI](#)
13. [XII](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB